

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC EL RETO DEL HISTORIADOR

UNA INTELIGENTE Y OSADA COMBINACIÓN DE OBSERVACIONES,
ANÁLISIS CRÍTICOS Y RECUERDOS PERSONALES SOBRE LA
ACTUAL SITUACIÓN DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA



Península

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC

El reto del historiador

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Primera edición: enero de 2010

© José Enrique Ruiz-Domènec, 2006

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., Ediciones Península
edicionespeninsula.com/grup62.com

ISBN: 978-84-8307-961-4

Reservados todos los derechos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual. (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

A MIS ALUMNOS DE AYER Y DE HOY.
Y PARA ANDREA,
QUE HACE LAS PREGUNTAS MÁS DIFÍCILES.

A lo largo de la historia humana, el desperdicio de la inteligencia ha sido abrumador y, como esta narración trata de mostrar, la sociedad ha conspirado para promoverlo.

HENRY ADAMS, *LA EDUCACIÓN DE HENRY ADAMS*.

UNA PREGUNTA PARA COMENZAR

¿Para qué estudiar historia? ¿Para comprender el ritmo del Universo como pensó Schiller al comprobar que el cañoneo de los ejércitos de Bonaparte permitía la elaboración de la sinfonía *Heroica* de Beethoven? ¿Para entender el significado de la moral en la conducta humana, como creyó Nietzsche al sentir en su propio cuerpo el dolor de una enfermedad inconfesable? ¿O para proclamar públicamente, y sin ningún reparo, que por la historia también pasa el tiempo, como le sucedió a Ernst Troelstch al darse cuenta de que el moho se había apoderado de los venerables libros de sus maestros? ¿Y yo, para qué estudio historia? Ruego que me acompañen durante algunas páginas para intentar responder, de algún modo, a esta pregunta.

Hablemos claro: todo el mundo sabe que hoy se prefieren la novela histórica y las adaptaciones del cine y la televisión a cualquier monografía erudita a la hora de informarse sobre el pasado. El *Yo, Claudio* de Robert Graves (tanto el libro como la serie televisiva) ha enseñado más historia sobre la Roma de los Césares que las farragosas listas de emperadores de los manuales escolares. ¿Explica eso el descrédito de este oficio creado por Heródoto y Tucídides hace veinticinco siglos y que hasta hace pocos años se creía la

maravillosa solución a nuestros problemas? Es costumbre hablar del pronóstico reservado de Clío, la musa de la historia, aquejada por los malos tratos de los investigadores que sólo pretenden labrarse un futuro profesional.

Quizás el problema resida en la facilidad con la que leemos frases desprovistas de sentido como la siguiente: «La presencia de una buena parte de los textos históricos reunidos por el compilador najerense se explica por tener él una clara conciencia de una continuidad gótica en los estados cristianos del norte peninsular de la época». O frases que llevan consigo un pronunciamiento categórico sin matices como esta otra: «El fracaso de la cosecha de patatas, de la que dependía en buena medida la alimentación popular, se extendió por toda Europa, subieron los precios de los alimentos y hubo motines de subsistencias por todas partes».

Se abusa de la jerga, que convierte los libros de historia en intrincadas selvas de signos lingüísticos, se exagera el uso de las notas a pie de página que a menudo superan en extensión al propio texto y se censura cualquier intento de renovación. No podemos olvidar tampoco la paradoja de que hoy existan más inversiones públicas en investigación histórica que en cualquier otro período anterior pero que, en cambio, su incidencia en la sociedad resulte tan reducida. Es posible que esas actitudes expliquen la progresiva retirada de las aulas de los jóvenes atraídos por la informática, la dietética o el periodismo.

¿Quiere decir esto que, a comienzos del siglo XXI, ya no es posible recuperar la manera de acceder al pasado que ha hecho grande nuestra civilización? ¿Que se va a abandonar este viejo oficio? ¿Que sólo quedarán las aburridas monsergas de los farsantes que inundan las aulas? No lo sé; pero no lo querría para mi hija, que se interesa por igual en las andanzas de Harry Potter como en la presencia de un gracioso animal en la *Dama del armiño* de Leonardo. Si la sociedad del siglo XXI quiere saber algo que valga la pena de sí misma, del pasado para entender el futuro, no tiene más opción que acudir una vez más (disciplinadamente una vez más y sin desánimo) al estudio de la historia, y no a ese remedo barato, sin calidad, que se oferta a mayor gloria de lo políticamente correcto o del voluntarioso proyecto de convertir la historia en una ciencia.

EN MEDIO DEL VIAJE

¿Quiénes son los enemigos de la historia? El día que me hice esta pregunta me había fatigado mucho. Estaba sentado en una terraza junto al Foro de Roma tratando de oír por mí mismo las letanías que en otro tiempo escuchó Edward Gibbon en su viaje por Italia, que le darían la respuesta a la hasta entonces incomprendible decadencia y caída del Imperio Romano. Naturalmente, no tuve tanta suerte entre los cláxones de los automóviles y los gritos de los guías reclamando la atención de los turistas, con cámaras digitales, que trataban de fotografiar aquel lugar sin atender al sentido del paso del tiempo que transmiten esas impresionantes ruinas. Pero fui ingenuo al imaginar que mi destino podía ser el mismo que el de un historiador del siglo XVIII. Él tenía un reto diferente al mío y, aunque quise imitarle, la pertinaz insistencia de la realidad no me lo permitió. Como historiador ya debía haber aprendido que la historia sólo puede ser contemporánea.

Luego pensé que quizás los enemigos de la historia fueran los enemigos del pueblo, y me puse grave, pero por poco rato; al fin y al cabo ante el Foro de Roma, ante el centro del mundo antiguo, cualquier enfática opción personal quedaba instantáneamente fuera de lugar. Y me advertí de que, por encima de un

intérprete como Gibbon, estaban la grandeza y la miseria de Roma, la historia y el olvido. Comprendí entonces por qué no se había atrevido J. G. Droysen cuando expresó su esperanza de que «un concepto más profundamente aprehendido de la historia llegue a ser el centro de gravedad en que la ciega oscilación de las ciencias del espíritu alcance estabilidad y la posibilidad de un nuevo progreso»; como tampoco Wilhelm Dilthey al acuñar el concepto *vivencia* para determinar los efectos del paso del tiempo en una persona o en una sociedad. Por ese motivo yo no debía ni intentarlo; por ese motivo y porque mi tren que debía tomar para Florencia no esperaba.

Corrí hacia la estación sin mirar hacia atrás, mientras una fina lluvia dificultaba aún más llegar a Termini por la empinada calle que la separa del Foro. Me senté en una mesa vacía del vagón restaurante y, mientras esperaba que me sirviesen la cena, quise recordar una frase de William Thackeray que me parecía muy apropiada después de lo sucedido en el Foro. Por fortuna llevaba en la cartera un ejemplar de *La historia de Henry Esmond* (en la traducción de Ana Pinto para Alba Editorial) que fielmente me dijo: «En las antiguas tragedias los actores entonaban, como sabemos, sus yambos hablando detrás de una máscara; llevaban zancos y voluminosos peinados. Se creía que la dignidad de la musa de la tragedia requería todo esto, y que no conmovría si faltaban la medida y la cadencia. Por eso la reina Medea mató a sus hijos con un fondo de música lenta, y el rey Agamenón pereció, en

palabras del señor Dryden, en un moribundo *decreciendo*. El coro se mantenía al margen de la acción en actitud fija, pero rítmica y decorosamente se lamentaba de los destinos de esas grandes testas coronadas. La musa de la historia ha adoptado ese ceremonial lo mismo que su hermana la musa del teatro. También ella...».

Levanté el rostro, cerré el libro y me dispuse a saborear mi sopa. En una mesa del rincón una señora mayor contaba, a quien parecía ser su nieta, algo que suscitaba enorme interés en la niña. Imaginé que podía ser un secreto de familia, una de esas historias que tanto nos interesan. No hice nada para oírla pero en cambio me di cuenta de que ese gesto me indicaba el camino de mi oficio. En efecto, sí, aquella señora podía muy bien ser algo parecido a la musa de la historia. Pensé en la situación de Clío en nuestros días. La verdad es que no se merecía lo que le estaba pasando; pero era así. Me pregunté, en el mismo tono que hubiera hecho Thackeray, si alguna vez la historia dejará de inclinarse servilmente ante el poder, sea el poder que sea. Dejé de lado estos pensamientos y le presté más atención a la sopa, que ya se enfriaba.

COMPROMISO

No puedo proseguir sin abordar un problema de máxima preocupación al que se ha llegado por la desidia de quienes nos gobiernan y la indolencia de quienes nos administran. Si lo expongo ahora por medio de un par de anécdotas es porque, en palabras de Henry Adams, éste es un libro de educación, no de aventuras, con el que trato de ayudar a los jóvenes (o a quienes tengan inteligencia suficiente para buscar ayuda), pero no de divertirlos. Rechazo la idea de que los jóvenes actuales no son dignos de ser educados y deberían dejarse a su suerte. Como si nosotros en nuestra juventud hubiéramos sido diferentes en algo o si ese menoscabo no escondiera en realidad la incapacidad de asumir el paso del tiempo, pecado capital en el caso de los profesores de historia. Además, ese elitismo enmascarado en una pretendida excelencia atenta contra los derechos de ciudadanía que son, y deben seguir siéndolo, una conquista irrenunciable de la sociedad. Vayamos a las anécdotas.

La primera: un día, no importa cuál, me acerco al estrado y comento uno de los últimos libros aparecidos en el mercado editorial; un gran libro para ser más exactos. Uno sobre cuestiones de rabiosa actualidad pues la historia no es un gabinete de curiosidades, como se suele creer. Versa sobre la Segunda

Guerra Mundial, y esboza dudas sobre si realmente existió. Tras el inicial silencio del auditorio, le sigue un murmullo que es un reproche. Mi crédito comienza a cuestionarse. Se me permite razonar el problema. Sostengo que el conflicto aéreo entre Gran Bretaña y Alemania conocido como la batalla de Inglaterra difícilmente debería considerarse una guerra mundial, salvo que se piense que una lucha de unos centenares de aviones sobre el Canal de la Mancha puede recibir ese calificativo. La aclaración detiene los murmullos, concreta la atención de los estudiantes y suscita dudas razonables. A partir de esa actitud de los estudiantes distingo los malos manuales de las solventes investigaciones. Explico que esa idea es de Richard Vinen en su brillante ensayo Europa en fragmentos, idea que también comparte David Kennedy en su Entre el miedo y la libertad.

A partir de aquí empieza lo peor para el estudiante que quiere leer estos libros. La biblioteca no dispone de ellos, son demasiado recientes para el sistema de compra, un sistema que privilegia la adquisición de monografías especializadas para el uso exclusivo de los profesores sobre libros novedosos para la educación de los estudiantes. Después solemos quejarnos del escaso interés de nuestros alumnos sin darnos cuenta de que a veces, la suya es la única actitud sensata. La pregunta está en el aire: ¿Para qué invertir en bibliotecas puestas al día si a los gobiernos no les interesa que se estudie historia? La proliferación de las publicaciones invita a creer que estamos bien informa-

dos sin el esfuerzo de leer esos libros, a fin de cuentas se suele decir que ya se sabe (esencialmente) todo lo que sucedió. Menuda ocurrencia. De haber adoptado esta actitud aún seguiríamos con la enumeración de los reyes godos en los exámenes de ingreso. ¿Tiene un historiador que estudiar cada día para mejorar su oficio, como hacen los biólogos o los físicos? Naturalmente que sí, pero ¿por quién nos han tomado?

*Segunda anécdota. El mismo escenario, los mismos protagonistas: un aula el primer día de clase de una asignatura que el plan de estudios denomina Historia Medieval. Hablo de la Edad Media inventada a lo largo de doscientos años, desde el Romanticismo de Walter Scott y su Ivanhoe hasta los sueños del modernismo de Wagner y lo que le siguió. Caras de sorpresa. Manos que no escriben. Perplejidad. Algunos incluso se van. ¿Qué tiene que ver eso con la Edad Media que les han enseñado en la escuela, la de siempre, es decir, la única que conocen? Para los estudiantes no tiene nada que ver; y esa actitud responde no sólo a una mala formación, sino también a un desconocimiento de los esfuerzos desplegados por los historiadores que han convertido esa materia en el objetivo de una fructuosa investigación. Si la ideología simplifica las cosas hasta hacerlas irreconocibles, la universidad tiene el deber de mostrarlas en su rica y contradictoria diversidad. Muestro uno de mis libros preferidos: *Il Medioevo al passato e al presente*, publicado por Einaudi en 2005. Naturalmente, los alum-*

nos están allí para formarse, para saber distinguir. ¿Les será posible?

Al comprobar el interés por un mundo hasta entonces vedado insisto en una dirección más espinosa, incómoda, compleja, esto es, universitaria. Me refiero a los tópicos sobre la Edad Media que viven como piojos en nuestra mente y que como tales parásitos nos impiden pensar por nosotros mismos: cinturón de castidad, miseria, suciedad, violencia, superstición, quema de brujas, y miles de figuras surgidas de las malas películas de los sábados por la tarde en el cine o la televisión. Afortunadamente, los estudiantes entran en una crisis breve pero intensa. ¿Qué personalidad interesante no la tuvo alguna vez como asegura Thomas Mann en *Doctor Fausto*?

Tras una pausa invito a leer *La idea de la Edad Media* de Giuseppe Sergi. ¿Es de lectura obligatoria?, preguntan algunos con ese gesto procedente de la mala educación. Entonces descubro una vez más la razón que tenía Henry Adams al señalar que «sólo los más enérgicos, los más aptos y favorecidos vencerán la fricción o la viscosidad de la inercia». Pero debo insistir, y quizás el asunto ese de la obligatoriedad es necesario. Naturalmente, no es un capricho mío, nace de la responsabilidad de que los estudiantes formen parte cuanto antes de los debates universitarios que se practican en todo el mundo. Conservemos la esperanza en los procedimientos educativos. Semanas después, el asombro se ha convertido en sana expectación. Los estudiantes están atrapados en el deseo